

L A F O R M U L A “INCIPIIT VITA NOVA”¹

Por ERNST BLOCH

(Original: *Die Formel* “incipit vita nova”.
Traducción: Manfred Kerkhoff, revisada por
Angel J. Casares.)

El estímulo del umbral

No mucho de lo que empieza es nuevo. Cada mañana aparenta ser fresca. Cada brote, en la primavera, parece joven y habla así; en ambos casos, sin embargo, lo nuevo no es para tanto. El despertador llama un día que, en la mayoría de los casos, es un día como cualquier otro; el brote promete una primavera y un verano, los cuales, al no emprenderse en ellos algo excepcional, no se distinguen del reverdecer del año pasado. En vez de cambiarlo todo, como dice la canción,² el único efecto que, para el empleado, surte la primavera es que el despertador lo llama después de haber aparecido la luz del día.

El umbral del año nuevo también lleva a un año las más veces no tan diferente del pasado. Y no obstante, el comienzo de algo siem-

¹ En la siguiente traducción todos los paréntesis simples son del autor mismo; paréntesis dobles indican algo agregado por el traductor.

² B. se refiere a una canción popular alemana de primavera.

pre se presta a seducir como ninguna otra cosa. Él figura como la promesa por excelencia y como el consuelo contra lo reposado, para que éste no dure. El comienzo soporta, de la misma manera delicada, tanto el color tierno como el de fuego: el tierno como el brote, como el niño, como la novia; el de fuego como el crepúsculo, la primavera que se enardece, como la revolución. Lo notable, sin embargo, es que este comienzo, en cuanto históricamente esperado, se localiza, para la imaginación, en una época lejana del futuro. No la vida particular, pero sí la historia, presume que quiere y puede rejuvenecerse sólo en la vejez. Eso significa que, en tal caso, se presupone mucho sufrimiento, mucho hielo para deshelarse.

Phoenix, Renovatio, Reformatio

Que una nueva vida sea posible: eso nunca fue evidente. Mucho menos durante los tiempos tranquilos, en sociedades estáticas donde todo parecía ser y quedar como antes. Pero entonces también se le fue corriendo el tiempo al hombre, es decir, fluyó hacia abajo, al haber pasado la cumbre de la vida. Así encontramos en la fábula, como renovación por lo menos orgánica, el efecto de la fuente de juventud; también en las relaciones sobre tierras lejanas: muchas fábulas de esta clase se divulgaban sobre la India, la Florida. Lo característico, en el caso de la sociedad estática, fue que el renacimiento se esperaba, sin excepción, por milagros solamente, o por prodigios. Y la auténtica agua de la salud que transformaba al hombre entero no brotaba de fuentes naturales, sino que debía administrarse por misteriosos bautismos y tinturas; sólo debido a ellos se dio el verdadero lavado del lodo del pecado, de las obras de la muerte; aumentaba también, al mismo tiempo, la importancia del fuego, de este elemento más penetrante de la "purificación" —una importancia de la que no sólo fue mediador el parsismo. Como alegoría de renacimiento se ofreció entonces el Fénix oriental, quien quemándose a sí mismo resucita de sus cenizas. Un poema didáctico de Ovidio (*Metam.* 15) muestra cuán viva se había conservado la leyenda de Fénix, como leyenda de un renacimiento, en la época de Augusto: la naturaleza misma se convierte en "rerum novatrix". Así que Roma misma se renueva en ella, y Fénix se hizo después —especialmente por Alberto Magno, quien lo traslada de la vida natural a la teología— un símbolo de toda renovación; y eso a pesar

de quemarse a sí mismo, mejor dicho precisamente a través de ello. El procedimiento dramático, no sólo alegórico del "Dejar de ser y llegar a ser",³ no obstante, se realizaba en los misterios de los cuales se creía que eran instituciones del "Crescens ad Novum".

A la aspersion con agua y hasta sangre, al tatuaje con signos y sellos mágicos se agregaba la transformación, igualmente primordial, del iniciado por "imitación" del dios resucitado de los misterios. A la muerte y a la resurrección de Dionisio conducían los misterios órficos; y para la misma co-regeneración se formaban, hacia fines de la antigüedad, los misterios de Isis y, desde Siria, de Attis-Adonis. A veces esta "imitación" era tan literal que —como en los cultos primitivos— se usaron las máscaras del dios del misterio. Hasta al lenguaje de San Pablo —en la orden de quitarse el viejo Adán para vestirse con Cristo— llega la ceremonia dramático-simbólica de la regeneración. "Bonus entra, melior exi" —"entra bueno y sal mejor"— dice la inscripción en el suelo de mosaico de un templo africano de Esculapio: en los misterios mismos, sin embargo, valía la fórmula de la regeneración completa en el dios resucitado: Ego sum Osiris. El cristianismo ha tradicionalizado el pathos de *renovatio, reformatio* a través de los siglos (ciertamente no, en lo que al contenido se refiere, como renacimiento = recepción de la antigüedad). Al contrario, en la Biblia comienza, desde los profetas, una corriente de rejuvenecimiento de tipo muy original que, al llegar a San Pablo, se ha unido, en parte, con los misterios, mas según las apariencias solamente, para no decir por razones de propaganda. Lo propiamente nuevo en el mito cristiano es que no se imitan dioses resucitados de tiempos primordiales, sino que la resurrección y la vida, como un "novum" completo en la historia, se han originado sólo ahora; sólo el Jesús muerto-vivo abrió a sus fieles la renovación del hombre interior, de día en día (2 Cor. 4.16), y fundó, para los cristianos, aquellas palabras del cielo nuevo y de la tierra nueva (Jes. 26). Solamente la estrella nunca antes aparecida —que había mostrado a los magos el camino hacia un acontecimiento nunca antes visto— iluminaba la visión que tuvo el apocalíptico de la nueva Jerusalén, y la palabra totalmente revolucionaria de su prefecto: He aquí que renuevo todas las cosas (Apoc. 21,5). De este modo, llegó al mundo, por la Biblia solamente, la representación tan pública y central en su origen, del INCIPIT VITA NOVA, no todavía su concepto, por supuesto. La fuente de juventud de las fábulas no bro-

³ En el original: "Stirb und werde", verso de Goethe.

taba aquí desde siempre, en regiones remotas, según una leyenda originaria recordada del tipo Osiris o Attis; más bien, únicamente entonces apareció ella misma, un *novum* en el tiempo, como si antes de Jesús no hubiera existido nada realmente nuevo, excepto el deseo de ello, indicios, espera. Como lo ha formulado un místico posterior: "El Dios no devenido deviene, en medio del tiempo, lo que (él) nunca ha sido desde eternidades".⁴ Así el INCIPIT VITA NOVA mismo tenía, para la conciencia cristiana, su comienzo con fecha fijada en la historia, a saber "Sub Pontio Pilato"; para comenzar, al final de la historia cuando ha aparecido el Paracleto (Juan 16,5), la renovación de una manera tan radical que ninguna piedra quedará sobre la otra. También se cambió, del mismo modo, el concepto de la creación, por lo menos en el sentido de una segunda creación, "in re", no "ante rem"; ella se coloca, como génesis de lo justo, para los evangelistas en el centro, para el apocalíptico en el final de la historia.

Rey Salvador y Aión realmente nuevo

"In novitate vitae ambulamus" (Rom. 6,4)

Pertenece, sin embargo, al día mismo el comenzar como una mañana, o sea, si la interpretamos históricamente, como una mañana en doble sentido: como *la* mañana y como *lo de* mañana, como lo que con frescura sobreviene habiendo expulsado la noche, y como el porvenir que está detrás del hoy, en el futuro. Por eso, acentuamos arriba lo notable de que el comienzo, al imaginarse como históricamente esperado, está localizado, según se piensa, en una época final; pues tiene que remediar algo, subsanar un sufrir que sólo en el transcurso de la historia se amontona: a través de la noche hacia la luz, *per aspera ad astra, post nubila Phoenix*, tormenta y arcoiris: esos arquetipos, en su tensión de opuestos, expresan además, en forma mítica, la conciencia de una relación dialéctica. Pero, tocante a la lejanía misma de la época final, se expresa en ella también una impotencia; la impotencia de los que exigen la salvación, la impotencia para interpretar la sociedad estática como algo intemporalmente cambiante. A no ser que ((se cambie)), como ya mencionamos, por un milagro, por prodigios, por un taumaturgo, quien surge al final, un rey prodigioso; significando, en este caso, el mi-

⁴ Angelus Silesius, Cherubinischer Wandersmann. IV, 1.

lagro, no solamente una interrupción del curso usual del mundo, sino pretendiendo también, aparte de lo formal, ser un milagro en el contenido. El milagro tomado en su contenido puede, además, también entenderse como milagro punitivo, agravando aún el estado existente de las cosas. Pero, en la mayoría de los casos, florece en la leyenda de un modo positivo por excelencia; y el contenido del milagro es entonces lo milagroso, el *novum* como el lugar absoluto de salvación, como materia de salvación.

En cuanto que ésta debe aparecer por mediación de un rey Salvador quien, de ningún modo, revoluciona todo desde el fundamento, sino desde arriba, encontramos, sin embargo, también fuera de la Biblia, la mañana como porvenir al final. De hecho el judaísmo ha adoptado este *marco* de mesianismo sólo durante y después del cautiverio de Babilonia. Egipto y Babilonia ya conocieron las expectativas de un gobernante prodigioso del final de los tiempos. Persia ha insertado, no solamente en las leyendas, sino en el conjunto entero de su religión salvadora, un Zoroastro que retornará. Separará definitivamente la luz de las tinieblas, instaurará la victoria del dios bueno Ormuz contra el poderoso Ahriman. Expectaciones de salvación para el final cercano se divulgaban en la antigüedad romana desde Augusto, mas refiriéndose siempre a Augusto mismo como el César Pacificador. Y otra vez son las escatologías persas y egipcias las que adornaron la necesidad de salvación con las imágenes de reyes; así, de la manera más clara, en la famosa cuarta égloga de Virgilio la cual, después, fue relacionada, por la Iglesia, con el nacimiento del Cristo: "Ha llegado la última edad del mundo de la cual habla la sibila de Cumas, y comienza el nuevo orden de las edades. Regresa ahora la virgen y el reino de Saturnio" (la edad dorada) "y se manda ahora, desde el alto cielo, una nueva generación".

Hasta aquí, entonces, el INCIPIT VITA NOVA mismo, como el evangelio lo deja anunciarse, por la boca de un ángel, a los pastores del campo, era ya conocido, como "consumación de los tiempos", como el "*ultimum*" del tiempo, al mundo extra-bíblico. Y hasta el pánico de la penitencia, el pánico de la felicidad —con el reino de los cielos acercándose— divulgado por Juan Bautista se deriva, no menos de las imágenes persa-mandeas del Mesías que de las judías. Mucha expectación de un final, por consiguiente; tanta que la idea de una creación escatológica no parece ser siquiera una singularidad bíblica. Y no lo es, si miramos al *marco* del mesianismo;

lo es, sin embargo, y de manera decisiva —y tanto en la Biblia como en sus repercusiones— si miramos al contenido mismo de la VITA en el INCIPIT VITA ULTIMA. De manera que aquí vale lo mismo que lo que se nota en el caso de las asimilaciones cristianas de las ideas y liturgias de los misterios: una corriente propia de rejuvenecimiento se ha encontrado con los mesianismos extra-bíblicos, abandonándolos sin embargo poco después.

Pues la gente que desea aquí lo nuevo es gente oprimida. No son los señores hartados y sibaritas indolentes, los cuales, en la Biblia, vuelven la cabeza hacia lo totalmente otro. Para los romanos, desde luego, a los cuales se dirigía un Virgilio y quienes lo leyeron, la bebida de la vida terrestre se había vuelto más y más sosa (como dice el giro); para los miserables y agobiados, en todo caso, no había habido nunca mucho de esa bebida y tampoco les sobrevino un “malestar en la cultura”; sino lo nuevo que esperaban era el término de la servidumbre, y ese aquí en la tierra. Lo nuevo, bajo tal aspecto, debía ser explosivo, romper las cadenas, y no un tesoro de *frissons* lujosas y espirituales. La restitución del antiguo esplendor de David, era, sin duda, en la época del Cristo, un motivo nacional-revolucionario, pero no aclamado por las clases directoras de los judíos; pero lo que en el fondo atraía en el INCIPIT VITA NOVA de entonces, no era tanto el retorno del Rey como Salvador, sino el arquetipo utópico, y nunca olvidado del éxodo de Egipto para Canaán, la Promisión nunca cumplida. Este arquetipo es mucho más antiguo que el del mesianismo señorial de los persas con el cual, sin embargo, se encontró más tarde, a pesar de no tener en común con aquél ningún contenido. Sobre todo, no se forma en el *aión* final, que el Mesías ha de inaugurar otra vez, una sociedad de clases; lo que sí es el caso, a pesar de las invocaciones de la edad dorada, en el éxtasis augustiano de Virgilio, y tanto más en el cielo señorial de las representaciones egipcias —babilónicas— persas de salvación. En vez de eso, el portador de la época final era un Hijo del Hombre quien no tiene donde poner la cabeza, y la respuesta de la clase gobernante a su mensaje era la cruz. No es el César, sino su contrario, quien funda el nuevo reino, y no como imperio, como es consecuente, sino como democracia mística. Y solamente como tal ha tenido repercusiones aquel “ECCE NOVA FACIO OMNIA” del apocalipsis, en todos los herejes contra la “gran Babilonia”, resonando, con toda la amplitud y todo el alcance de la voz de Patmos, en los oídos del pueblo; una voz no acallada todavía en el tribuno Cola di Rienzo,

en los orígenes no-aristocráticos del Renacimiento clásico, y tampoco en Joaquín de Flores con sus promesas, en Thomas Münzer: éste hizo esas promesas en serio —las de la “Commune” y del Cristo disuelto en ella. Pues fue la misma ira furiosa del apocalipsis de Juan, la cual llamaba la catástrofe para que la tiranía, derribada bajo las ruinas del universo entero, cediera su lugar a la Jerusalén en descenso.

Precisamente tal identidad esencial del final con “explosión” habría sido imposible en las escatologías soteriológicas fuera de la Biblia, a pesar del arquetipo de tormenta-arcoiris que se encuentra en ellas. La génesis fundamental de aquel tipo, a saber la génesis de lo humanamente adecuado, se encuentra sólo en los profetas del Antiguo y Nuevo Testamento; sólo aquí se distingue el *aión* nuevo del viejo por el término de la servidumbre. Y sólo bajo éste mismo signo se divulgaba el mesianismo a través de los tiempos: Liberación de opresión y moho, apertura hacia el aire fresco y el infinito, fomento de un futuro humano con un humanismo de la naturaleza— todo eso lo convierte en el *apriori* de cada regeneración y renacimiento revolucionario, aún del literalmente así denominado.⁵ INCIPIT VITA NOVA —esa consigna de Dante abre la época moderna; sus raíces son, de hecho, modernas y económicas, pero la fuente que hizo brotar, ideológicamente, aquellas raíces y que, después de todo, hace posible un nombre como “época moderna”,⁶ se deriva, sin duda, del *pathos* no compensado de un *aión* nuevo, como un *aión* “calentado” todavía por el cristianismo.

Fidelidad de la esperanza.

Cabe distinguir absolutamente entre la renovación y la vida de lo nuevo; pues se esconde en la primera un regreso al pasado, por enemistoso que fuese ((el regreso)) hacia lo que desde antaño sucedió; mientras que en la segunda obra una anticipación de lo nunca aparecido, por mediada que fuese ((la anticipación)) a través de la dialéctica y la historia. Lo primero, sin embargo, muchas veces ha abarcado lo segundo: el llamado re-nacimiento le proporcionó entonces al nacimiento un rasgo retrógrado, aún en casos en que no se trataba, de ninguna manera, de la evocación de lo completa-

⁵ B. usa, como es costumbre en alemán, el término francés “Renaissance” lo que explica sus alusiones con el término alemán “Wiedergeburt”.

⁶ En alemán “Neuzeit” = literalmente “Tiempo (edad) nuevo”.

mente pasado, sino de un viaje auténtico a las fuentes, "Renaissance", no Restauración ni Romanticismo. Es por eso que la consigna del "Retourner à la nature" no implicaba, en su origen, una trompa de caza, ni tampoco conducía a ningún baile de máscaras. La consigna de Rousseau, al contrario, llevaba a una clase joven —la de la burguesía ascendente— hacia la lucha contra lo que se había convertido en una no-naturaleza; es decir que la historia debía empezarse de nuevo, sólo que, al llevarla de regreso desde el extravío de la no-naturaleza al punto de partida de una naturaleza "pura" y auténtica, el sentimiento de un paraíso perdido volvía a cubrir casi totalmente los contenidos propios de un comienzo nuevo. La naturaleza, ciertamente, se convirtió, para el revolucionario genovés, en una consigna *que clamaba* por el hombre no-deformado, *por un futuro* que no contendría tanto al burgués sino al "citoyen". Pues son, por un lado, precisamente la instauración de la propiedad, la división del trabajo como su consecuencia, la formación de clases, las que según Rousseau, pertenecen a la "degeneración" como enajenación de la naturaleza. Por otro lado, sin embargo, el porvenir fue privado de su tensión, en la "Nouvelle Heloïse" por ejemplo, al presentarse como un idilio de pastores, cubierto con el color de lo rústicamente inconsciente; todo eso, para repetirlo, a base del "Retourner" como sentimiento retrógrado, en medio de la "perfectibilité". Y fue el mismo Rousseau quien se remontaba, con su concepto de la mañana inocente de la creación, a la doctrina de la iglesia acerca del estado primordial, es decir a la prevalencia de la reminiscencia en la esperanza, en el sentido del recuerdo feliz (tradicionalidad) de una perfección no realizada, en comparación con la cual todo lo que sigue figura como deformación provocada por la caída del primer hombre.

Se nota en todo eso todavía el eco de la teología revolucionaria de las sectas, con las reminiscencias oscuras del comunismo primordial conservadas en la leyenda del paraíso. Donde, sin embargo, no se había buscado ningún tipo de revolución, sino la reformatión libre de faltas, dirigida contra abusos y exageraciones, la "*vita nova*" y hasta "*última*" se sumergió en una vuelta y restauración del estado paradisiaco. Bernard de Clairvaux, el renovador del "cristianismo puro", el que llama a la simplicidad, interpreta el "*novum*" fuerte decididamente como Restauratio: el alma "curvada" por el pecado original y las consecuencias históricas del pecado, el "*anima curva*", regresa, en su re-generación, a la "*simplificatio dei*" del co-

mienzo, se convierte, por medio de la gracia, otra vez en aquel "*anima recta*" que había sido en la mañana de la creación.

Aquí están ya trazadas las líneas en las cuales se realizó —con misión y contenido diferentes, sin duda— hasta el renacimiento de la antigüedad y, parcialmente, el "Retourner" a una naturaleza primordial. Son, en última instancia, las líneas —filosóficamente entendidas— de una anámnesis platónica, es decir de aquella doctrina "super-estática" que interpreta como reminiscencia no solamente el aprender, sino también el crear: según la cual, por consecuencia, no puede haber ninguna creación de nada nuevo, sino solamente un des-cubrir de lo cubierto, un sacar-el-velo de lo "proto-viejo"; vale decir que lo nuevo es nuevo solo para los hombres que interpretan, no en la cosa misma. Pero, como se aclara en la historia de la humanidad, no era posible mantener el *pathos* exclusivo de la anámnesis, sino que éste se rompió contra la prevalencia-en-auge de la esperanza cuyo rasgo correlativo penetró hasta en el Ser pretendidamente supremo, y no sólo en la historia de la educación del género humano realizada por este mismo Ser para que el hombre lo capte. Pues la "*novitas vitae*" que menciona San Pablo debía realizarse precisamente en el acontecimiento intra-divino de un descenso de Dios mismo, en el hecho inaudito de la encarnación de la "*ousia*". Desde un lado totalmente opuesto, sin embargo, avanzaba la filosofía moderna de la producción y del proceso —la cual corresponde al desencadenamiento de las fuerzas productivas— contra la mera "*Restitutio in integrum*". Y la reiteración de la tesis por la síntesis que sigue a la análisis, esa aparente fórmula de regreso dentro de la dialéctica de Hegel, podía, naturalmente, degenerar —y ese es el peligro— hacia la anámnesis; pero de la misma manera ((la repetición)) nos expulsa de ella ((de la anámnesis)) y le es hasta antitética en su misma esencia. Pues la intención total de la dialéctica tiene el carácter de proceso y producción; aún "la restitución de la libertad, igualdad, fraternidad" de las "Gentes proto-comunistas" mencionada por Engels no contiene, como "reino de la libertad", nada primitivo, sino aquel "*novum*" nunca antes aparecido, al nivel de las fuerzas de producción completamente desarrolladas. El reino de la libertad sí mira hacia atrás, hacia la "Comune" original, mas con amistad y distancia solamente; no se re-une con ella a manera del círculo, como en un retorno a un lugar prehistórico. Si es que hay un principio en el cual cae el rayo del final de manera que lo último nuevo fuera lo primero viejo descu-

bierto, entonces tal principio es precisamente *el problema más oscuro* y no una solución anticipada; no se trata, en ningún caso, de algo que dista mucho, sino de algo presente en cada momento del ser, algo empujante y cerrado al mismo tiempo. Si pensamos, por eso, dentro del sector visible del proceso materialmente desarrollado, entonces lo que imaginamos bajo "Edad dorada" no es, a pesar de la "Commune" original, ninguna determinación prehistórica, sino utópica. No se puede negar, no obstante, que la categoría del NOVUM está, hasta hoy, entrelazada con la otra que no le es propia, a saber la de la RENOVATIO.

¿Cuál es la causa de ese hecho? ¿Y no contendrá, tal vez, otro elemento, aparte del falso? Es verdad que contiene también algo verdadero —si uno no se refiere, en el regreso, a algo completamente pasado que presente el aspecto de lo terminado y logrado de una manera que después de ello, no hubiere ninguna necesidad de un regreso. El regreso auténtico se dirige, más bien, a lo aún futuro, no-devenido de lo pasado; se dirige, por lo tanto, al origen, él mismo inoriginado, de todo lo que acaece, se dirige a la facticidad como impulso o al origen intensivo desde el cual y por medio del cual acontece la vida. En eso sólo está la razón justificadora del enlazamiento de la *Renovatio* con el *Novum*, una razón bastante angosta, o más precisamente; puntual, como se deja notar. Se debe únicamente a la unidad última del contenido (del "qué") y de la intensidad fáctica (del hecho de "que") en el ser del mundo.⁷ La sustancia del "qué" es, de hecho, lo mismo que la intensidad des-encerrada —al "fin de la historia"— de lo fáctico ("que") que acciona todo en el mundo, como factor de realización. Pero éste caer y rebotar del contenido, con la realización de lo realizante como *Novum*, éste *Novum* utópico-radical no tiene nada que ver con una renovación receptiva de cualquier "sido". La unión del *Novum* con la renovación no cobra de la posible fructificación de la raíz, nada sino la posibilidad misma de poder mantener, en general, una unión de lo último con lo primero; mas la raíz misma de lo que aparece no es un "sido", no es el paisaje de una edad que ha "sido" dorada, ni de un paraíso terreno; pues nunca ha florecido, en la aparición de sí misma. INCIPIT VITA NOVA y hasta ULTIMA no recibe, al fin y al cabo, ninguna clase de comienzo que ya ha sido brillante, sino que por el contrario significa el término de un comienzo, es decir de su pregunta, de su carácter problemático. Hacia tal fruto única-

⁷ En el original el "qué" corresponde a "WASS", y el "que" (fáctico) a "DASS".

mente —estrictamente cargadas de sorpresa— tienden las semillas históricas, florecen las figuras históricas del "estar en el camino", seducen incluso las invenciones de consuelo de un paraíso pasado y redescubierto. El único regreso verdadero de lo nuevo es, por lo tanto, el regreso hacia lo siempre intentado, mas nunca aún devenido. Este ((regreso)) proporciona productividad hasta a las aparentes repeticiones del legado cultural, es decir la bebida de la fuente inagotable llamada Eunoe, Recuerdo. Este recuerdo, radical sin embargo, es entonces, de hecho, lo mismo que la fidelidad —mas de la esperanza; y ella es el "*Ceterum censeo utopiam esse historice creandam*". Tanto la consigna "Todo está consumado" como aquella más moderada y menos arrogante-banal del "Todo estaba consumado" significan una deserción de esta fidelidad. El mundo que históricamente se desenvuelve y forma, se aleja, del mismo modo, de su ser-historia; y también el sol de Homero (de Hegel, de Marx) brilla, como un sol no-metafísico, sólo cuando se eleva, en cada época histórica que es una mañana, del vasto mar.

El poder de la simplicidad

¿Acaso se presenta *la mañana* siempre como turbulenta y variada? Así parece ser ya que coincide con la juventud excitada de una persona, de una época. Y es precisamente aquel Renacimiento, denominado así respecto al arte, que se distingue por tener visión para la variedad y multiplicidad de los fenómenos. Por otro lado, en lo que toca a la juventud, no es tanto el que quiera meramente explorar y experimentar cuanto pueda, sino que sobre todo quiere saber aquello que únicamente importa. Es por eso que todos los reformadores han acabado con la mescolanza acumulada alrededor de ellos con falsa plenitud. Vida nueva se llama, en éste caso, una vida sin distracción, tendida hacia lo único necesario; y es eso mismo que, por la misma razón, siempre ha convenido genuinamente a la madurez con su fuerte visión de conjunto; y hasta unos elementos de vejez, es decir de sabiduría, nunca han faltado a las épocas del INCIPIT VITA NOVA, debido al laconismo de una y otras, que termina con todo. Corresponde entonces al fanatismo juvenil en el sentido mencionado lo concentrado, el espíritu sereno que, al acercarse a la muerte, pasa del movimiento a la tranquilidad, del zumbido de la multiplicidad a la rigidez sutil, del ente al ser.

En esto y a partir de esto, eso se acredita el progresar del

Novum óptimo hacia las alturas de la historia, con toda la historia ((interpretada)) como pre-historia: Después que los tiempos se han perdido en la búsqueda hacia todas las partes, ya es tiempo que comience la gran simplicidad, que la intención sin pasión y error, la intención esencial de lo sustancial, entre en el elemento utópico-final hacia el cual estaba destinado y coordinado a través de toda su vida, a saber de la historia universal. De ésta manera, las épocas de Renacimiento confirman, no sólo su visión para la variedad de los fenómenos, de la abundancia dorada del mundo, sino que presentan también una reducción. Entendido desde tal punto de vista, el remozamiento por medio de la naturaleza antigua que se nos atribuye desde el Renacimiento italiano, aparece casi como pretexto de la propia juventud y, simultáneamente, de la madurez, ambas en su comienzo. La antigüedad real, especialmente en la forma más indicada para entonces, a saber la romana, no tenía ni tanta frescura ni tampoco la misma fina austeridad y seriedad liberada que el Temprano Renacimiento —y éste sólo— muestra sobre todo en su arquitectura. Esta consiste, al compararla con el gótico tardío y el barroco, de las relaciones euclidianas más puras, conteniendo así un elemento sumamente confortante, ahuecado, por un lado, de la abundancia de las multiplicidades y situaciones y que atestiguan una mañana de la medida, no del movimiento—alejado; por el otro lado, en virtud de su juventud y belleza, de la gravedad egipcia del cristal. Era un fenómeno breve, y no debemos moverlo, por exageración de sus medidas moderadas y nobles. No obstante, la mañana mostró en él, en forma impresionante, que bien puede contener, al lado de la revuelta, la omisión y, al lado de las señales de tormenta, el reposo.

En un estrato incomparablemente diferente, los movimientos reformadores (de religión) de la Baja Edad Media, han manifestado un sentido auténticamente “catártico” del *INCIPIIT VITA NOVA*, dándole a su elemento regresivo un acento propio. Pues en él estaba contenido, como últimamente en Tolstoi, la acentuación central del “evangelio puro”, libre de los señores y del conglomerado de ceremonias e ideologías. De tal manera, la renovación fue intentada como prueba del ejemplo más penetrante de simplicidad, a saber del laconismo moral y religioso del cristianismo primitivo. Comienzo, por ende, significa aquí resurrección desde la perturbación y sus falsas variedades: la última simplicidad que atraviesa el todo, la alianza con lo único que importa está por comenzar; y ese es un signo de la autenticidad del *INCIPIIT VITA NOVA*.